

por su heredero universal, D. Felipe II. Corría el año 1566, y el mes de abril, en cuya tarde del día tres apareció magnífica y militar cabalgata de armados caballeros á las puertas de la ciudad de Bruselas. Doscientos en número eran; y al arzon de la silla, sobre la cual cabalgaban en sus ligeros y airosos corceles, llevaba cada uno de los manifestantes colgada una pistola. Después de haber saludado en aquella misma noche á Orange, repartiéronse cada cual en sus respectivas posadas y congregáronse á una el día cinco para presentarse ante Margarita. Al dar las doce ya estaban reunidos, y se dirigían de dos en dos al palacio, donde hallaron á la regente sentada bajo dosel y circuida de su corte. Brederode, como jefe de todos, avanzó respetuosamente, y dirigió á Su Alteza bien conciso discurso, presentándole con grandes reverencias la famosísima exposición, muy notable por el respeto en las formas y por la firmeza con que sostenían en el fondo sus protestas contra los edictos del Emperador y los procedimientos de la Inquisición. La duquesa de Parma recibió con tal terror á los confederados, que palidecieron sus mejillas y lloraron sus ojos. Al verla tan demudada sintiéronse conmovidos los nobles caballeros, y reiteraron sus muestras de respeto con fervorosas palabras y profundas reverencias.

Margarita prometió dar una respuesta; y antes de darla, consultó con premura indecible á su consejo. En las primeras palabras dichas para comenzar la consulta estallaron por los respiraderos de sus frases las cóleras condensadas en sus agravios. Orange trató de calmarla diciéndole como los tenidos por irreverentes pertenecían á las clases más altas del país y presentaban sus quejas antes en defensa que ofensa de su soberano. Entonces fué, sí, entonces, en la conversacion subsiguiente á la salida de los peticionarios, tras las observaciones de Orange, cuando el magnate Berlaygmont, los designó con el apodo de mendigos, aludiendo á sus apuros y á sus deudas, apodo que recogieron los confederados con presteza, y llevaron con orgullo en la revolución, y transmitieron con gloria á la posteridad. El seis de abril presentóse de nuevo Brederode á Margarita y la conjuró para que mandase una embajada inmediatamente al monarca, presentándole sus quejas y demandas. Prometiolo así ésta y dijo que requeriría con empeño á los inquisidores para que procedieran discreta y modestamente. No se contentaron con esto los comprometidos, y

volvieron á reunirse con algazara el día ocho y á presentarse ante la princesa para ofrecer una respuesta conveniente á sus anteriores respuestas. En este nuevo escrito, dolíanse de que no se aboliera la Inquisición y manifestaban su confianza en que se dulcificara. Además de todo esto, convenían á una en que se defendiese la religion católica, si bien por los medios más persuasivos y suaves. Después de tales reflexiones, pedían que su exposición se imprimiera en la imprenta oficial y se propagara con profusion por todo el Reino. Respondió la duquesa que no podía prometer más de lo prometido ni hacer más de lo hecho; y como los nobles la requirieran para que no mirase de mal ojo aquella reunion y no echase á mala parte sus demandas, contestó con sequedad que no podía entonces adelantar ninguna especie de juicio.

La ferviente agitacion creció muchísimo. Reuniéronse los confederados en regocijante banquete; y pronunciaron garrulos brindis á los postres. Iluminados los salones por deslumbradoras bujías; cubiertas las mesas con vajillas de oro y plata; vestidos todos de brocados deslumbradores y armados de puñales artísticos, tomaron entre tantas riquezas por ironía el nombre de mendigos, que luego había de resonar en los campos y en los mares, donde quiera que se peleara por la libertad, como expresivo del combate y del triunfo; como propio de unas heroicas legiones consagradas por completo á emancipar y á redimir las conciencias. Y no se limitaron los ligeros á escoger un nombre más ó menos expresivo; también escogieron un uniforme completo en concordancia y armonía con ese raro nombre. Allí en aquel mismo banquete dado el ocho de abril en 1566, el presidente de los confederados, Brederode, hizo traer la escudilla de palo, en que los pordioseros acostumbraban á recoger los mendrugos y las sobras de las comidas, para ponerla en las espaldas de los combatientes sobre tosco traje morado de punto y bajo las alas anchas de un sombrero de fieltro, indicando así el cambio total de las antiguas preesas por hábitos más conformes al dolor, al combate y á la muerte.

Margarita escribía punto por punto y hora por hora en largas cartas, notables por la prolijidad, todos estos hechos al Rey su hermano. En semejantes papeles, preciosísimos hoy para la historia, y cuyo número y cuya extension apenas se comprenden, dadas las ocupaciones de una regente, saltan á cada línea, junto á informes varios, más ó menos claros, y junto á

noticias múltiples, mas ó menos confusas, algun que otro esbozo de retrato y algun que otro borrador de biografía. Así es que, para indicar las abominaciones del temperamento de Brederode, Margarita no encuentra rasgo mas negro que decir á su hermano, cómo el jefe de los mendigos seria de malvado é infame, cuando estaba de todos conocido y á todas luces probado que se comiera un craso capon en Viérnes Santo. Y no habia otro remedio, sino transigir con los que comian allá por Holanda en Viérnes carne; dada la imposibilidad material de mandarlos quemar en las hogueras por su importancia y por su número. Así la regente se industrió para componer un Edicto nuevo, llamado de moderacion, que sin mitigar el fondo y esencia de los castigos crueles, por algun modo extraño dulcificara las formas y los procedimientos. Cincuenta y tres artículos contenia el Edicto de moderacion; y eran cincuenta y tres engaños. Todo cuanto pudo Margarita conceder á los mendigos, tras tantas palabras dadas y tantas promesas hechas, fué que los herejes, en vez de morir consumidos en una hoguera, moririan colgados de una horca. Y á esto le llamaban Edicto de moderacion.

Pero tras esta concesion verdaderamente sarcástica é irrisoria venian las crueles penas ideadas por todos los déspotas, que se proponen desarraigar una idea con el hierro y el fuego, antes que con la predicacion y la doctrina. Y á fin de mostrar dulzura en la crueldad, separaban á los herejes en dos clases; la clase de los apóstoles y la clase de los discípulos, ó sea, la clase de los motores y la clase de los movidos. Mostrábase misericordia para estos; pero á reserva de levantarlos á la clase superior, mas abominada, si así pluguia de algun modo á la Santa Inquisicion; que tales trampas se discurrían sin escrúpulos en aquellos tiempos de sutilezas jesuíticas. Muerte á quien huyese la religion católica; muerte á quien predicara la nueva religion; muerte á quien tratase de cualquier asunto teológico, no estando graduado en Universidad de renombre; solo que para mostrar moderacion, y hasta cierto punto misericordia, se les estrangularia, en vez de quemarlos. Tan jesuítica distincion enardeció mas y mas los ánimos de las gentes honradas y sublevó mas y mas las conciencias. No existe apostolado tan rápido y tan seguro para difundir las ideas como el apostolado de las persecuciones injustas y crueles, digámoslo en honor de nuestra flaca naturaleza. Por abril de 1566 habíase dado

el escándalo de aquellos Edictos burladores; y por junio los campos flamencos se llenaban de fieles á las nuevas doctrinas, quienes desertando los templos católicos y sus reducidos espacios, escuchaban el nuevo verbo al aire libre, y esparcian sus oraciones en el inmenso seno de la naturaleza. Los que hasta entonces ocultaran sus creencias como crímenes, por miedo á la persecucion, salian de las catacumbas de su silencio, para, trasfigurados, resucitar en la libertad, y los que se habian creido enemigos en los recelos engendrados por las sombras, mirábanse mutuamente al rostro con cariño, y caian los unos en brazos de los otros, juramentándose todos en esta expansion fraternal para morir antes que ocultar de nuevo sus antiguos principios. El 28 de junio reuníanse diez mil protestantes en el puente de Ernonville; y el 7 de julio ya eran veinte mil.

Por todas partes, con febril actividad, se trazaban campos de predicacion, como pudieran trazarse campos de ferias ó de juegos. Los troncos de los árboles, formando cuadrados, servian como de líneas para señalar las fronteras de aquellos sacros sitios, consagrados á la oracion. Carretas separadas de sus bueyes se convertian en portátiles púlpitos. Los cristianos revolucionarios, no fiados en su derecho y temerosos de los Edictos, llevaban armas para defender su facultad de oír á quien quisiesen y lo que quisiesen. Eran de ver aquellas numerosas muchedumbres, agolpadas en torno de una cátedra rústica, tan absortas en las extáticas audiciones de los discursos que parecian no respirar siquiera; interrumpiendo su silencio profundo con el cántico de salmos cantados en coro, cuyas cadencias perfumaban como de un espiritual incienso la libre atmósfera y herian con sus acentos las estrellas cual titánicos órganos de una invisible Iglesia. Parecian verdaderamente aquellos coasociados en la nueva fe los fugitivos, á la soberbia de Faraon escapados, reuniéndose por las orillas del Mar Rojo atravesado ya, y á la vista del Sinaí ceñido de sus reveladoras tempestades, para entonar en coro, por la inmensidad del desierto, el cántico de gracias al Dios de la libertad por la conclusion del cautiverio de Egipto y por la victoria incruenta y moral del pueblo de Israel. En vano la regente mandaba sus tropas en persecucion de una idea y de un pueblo; ningun poder tiene armas bastantes para desarraigar las generaciones todas de una grande nacion, como no tienen fuerza ni autoridad bastante para penetrar en el invisible seno de la humana conciencia.

Parece una incontrastable ley de la historia el que las revoluciones en la sociedad como las tormentas, como las tempestades, como los terremotos, como las trombas, como los huracanes en la naturaleza material, vayan seguidas siempre por un cortejo de violencias, las cuales dejan á una en el espacio sombrías y siniestras estelas de ruinas. La revolucion de los Países Bajos no podía exentarse, no, de ley tan universal. En aquellos espacios el arte católico erigió por los tiempos de su florecimiento maravillosas catedrales góticas; y la nueva revolucion acababa de producir y engendrar odio irreconciliable á todas esas maravillas supremas. Había en la nueva secta sectarios moderados y sectarios violentos como en todos los partidos y en todas las asociaciones del mundo. Los moderados querían prescindir de las imágenes y los violentos querían derribarlas. Componían estos, pues, un partido semejante al partido de los iconoclastas alemanes. Entre todas las catedrales flamencas distinguíase por su riqueza la catedral de Amberes. Un pueblo de trabajadores y comerciantes la erigiera con los productos de su trabajo y de su comercio. Sobre su milagroso conjunto veíase la sombra de Godofredo de Bouillon, que pusiera su primera piedra con místico éxtasis, antes de partirse para Tierra Santa y rescatar por vez primera el Sepulcro de Cristo en la Jerusalem de los profetas profanada por las tribus de los musulmanes. Los pavimentos de la catedral estaban compuestos por los huesos de las generaciones extintas; sus cinco grandiosas naves flotaban sobre océanos de ideas místicas, entre nubes de perfumado incienso y notas de melodiosos órganos; por las paredes veíanse, junto á los altares llenos de cuadros y estatuas, sepulcros consagrados á los héroes del trabajo y del combate; por las alturas abríanse rosetones cubiertos con vidrios de colores, en cuyos matices divisábanse los ángeles del cielo, y allá, sobre las bóvedas, en cuyas aristas flotaban las banderas y los trofeos como religiosísimos ex-votos, subía, cual un gigantesco ciprés de piedra, la cúpula inconmensurable á los aires, eterizándose y desvaneciéndose, como si fuera de suyo á perderse por la inmensidad de lo infinito en los invisibles tronos del Eterno. Pues tanta catedral fué blanco del odio de los nuevos sectarios, quienes veían á una en ella todas las abominaciones del paganismo y de la idolatría; como los primeros cristianos vieran á su vez la horrible faz del demonio tras los bellos y armoniosos rasgos de las antiguas estatuas

clásicas. Empezó el movimiento iconoclasta en una procesion de la Virgen, objeto antes de adoraciones y centro de religiosa súplica. Los enemigos de las imágenes ofendieron y desacataron de tal suerte á la sagrada efigie de María, que tuvieron necesidad los canónigos de recatlarla tras una fuerte verja, de regreso á la iglesia desde la profanada procesion. Enardecidos con este indirecto triunfo, reuniéronse los tumultuados en la catedral, é insultaron de nuevo á la Virgen. Un chusco subió al sagrado púlpito del magnífico templo, y parodió con burlas infames y soeces las frases usuales en los sermones corrientes. Indignado cierto marino católico, lanzóse con furia sobre el púlpito para tapar la boca del blasfemo; y este y aquel cayeron desde tal sitio sobre las losas del pavimento. Armóse con tal motivo mayor tumulto; y disparáronse algunas armas de fuego que resonaban siniestramente bajo aquellas sacras bóvedas, cayendo en la confusion mal herido el defensor valeroso de la Virgen.

El tumulto creció al día siguiente con grande intensidad. Una vendedora de rosarios, estampas y ex-votos, que tenía humilde puesto para su venta en los umbrales de la catedral, provocó el conflicto. Como la hubieran los revolucionarios insultado sin miramientos y hasta herido sin piedad, cogió la infeliz agredida unas piedras á mano y las lanzó sobre los temerarios é irreverentes. Nunca lo hubiera hecho. Tomóse á ofensa grave la natural defensa personal. Los diques de todas las consideraciones se rompieron y la pasión los rebasó, inundando todos aquellos sacros espacios con sus férvidos oleajes. Desde tal momento fueron los iconoclastas respecto á la catedral como los sitiadores en largo asedio respecto á una fortaleza próxima de la sumision y el rendimiento, entrando por ella, como á saco, entre los clamores fragorosos de «vivan los mendigos». Informados los regidores de cuanto sucedía en aquel trance corrieron á poner un pronto y radical remedio, mas bien con su autoridad moral que con sus fuerzas materiales. En efecto, el religioso respeto, que inspiraban, contuvo á las muchedumbres iconoclastas. Alguna parte de ellas oyó las advertencias y desalojó el sacro lugar. Mas otra gran parte se mantuvo silenciosa y reverente, si bien guardando, allá en sus adentros, esos propósitos que rompen y estallan bravíos en cuanto encuentran una propicia ocasion. Varios conocedores de la ciudad aconsejaron á los magistrados